

auxilio de los insurrectos de la capital, antes de que llegasen á ella. Esta jornada sangrienta del 15 de mayo acabó en el Mediodía de Italia con el movimiento nacional. El nuevo ministerio Carriati-Bozzelli era liberal, pero particularista, y llamó del teatro de la guerra á la escuadra y las fuerzas terrestres napolitanas, que cumplieron la orden recibida, menos el general Pepe con un cuerpo de unos 1,500 hombres.

Con esto dejó de ser guerra nacional la que se hizo en el Norte de Italia, y prescindiendo de unos 7,000 voluntarios, todos los demás italianos que allí pelearon fueron tropas piemontesas. Mientras los austriacos se rehacian y se preparaban para nuevas operaciones y su ejército se iba haciendo superior en número con la incorporacion de una parte de las fuerzas que bloqueaban á Venecia y las del Tirol, el rey Carlos Alberto tenia que luchar con la indisciplina, la escasez de todo, la discordia, los recelos y los consejos no solicitados de los que todo lo creen saber. Todas estas causas le hicieron dudar de su propia aptitud y hasta de lo que haria con la victoria si la alcanzase. Habiendo pasado así un mes en vacilaciones estériles, decidióse á atacar en 17 de julio con su ala derecha, mandada por Bava, la plaza de Mantua, sin esperanza de éxito, separándose así de su ala izquierda, que dejó al mando de Sonnaz en la meseta de Rívoli para reservarse esta posicion, que juzgó mas importante de lo que era en realidad para él entonces. Este error le hizo perder la campaña, porque mientras su ala derecha estaba delante de Mantua, despues de haber copado en Governolo un batallon austriaco descuidado, arrojóse Radetzky en la mañana del 23 de julio sobre el centro debilitado de los piemonteses con fuerzas cuatro veces mas numerosas; lo rompió en Sommacampagna, empujó á Sonnaz con su ala izquierda hácia Peschiera y al día siguiente empezó á pasar el Mincio cerca de Salionze.

Habia ya pasado la vanguardia y una pequeña parte del ejército principal cuando el rey Carlos Alberto, á quien Radetzky creia operando su retirada hácia Goito, acudió con sus fuerzas desde Mantua, á pesar del calor abrasador que hacia, para disputar á los austriacos el paso del rio. Con ímpetu formidable atacó el rey y dispersó la brigada de Simbschen, que tranquilamente marchaba en direccion del rio á espaldas del mariscal. Radetzky entonces cambió de frente hácia el Sur y el sudeste interponiéndose con treinta y cinco mil hombres entre el rey con sus veinte mil hombres y Valeggio, donde estaba el ejército principal de los austriacos. Los piemonteses pelearon con valor incomparable, dándose el ejemplo los hijos del rey, á pesar del calor abrasador; pero como Sonnaz, apostado cerca de Volta, no recibió á tiempo la orden del rey de atacar por su lado desde la otra orilla del Mincio la posicion de Valeggio, fueron arrojados de las alturas al llano de Villafranca, y perdieron la batalla que se conoce con el nombre de Custozza. La retirada se operó con todo orden, pasando el Mincio cerca de Goito,

porque los vencedores estaban rendidos de cansancio y de calor; pero cuando por la noche Sonnaz quiso apoderarse de Volta, que habia sido evacuada por error, resultó un combate nocturno sangrientísimo que sembró el desorden en las filas piemontesas.

Agotadas las fuerzas por las calenturas, fatigas y disgustos, dejó el rey el mando en jefe á Bava y ofreció al vencedor un armisticio tomando el rio Oglio por línea divisoria, pero el feld-mariscal pidió la línea del Adda y la evacuacion de todo el territorio y posiciones ocupadas por el enemigo mas allá del citado rio. Esta condicion era inaceptable para Carlos Alberto, criticado por todos y acusado de traidor á cada yerro que cometia y á cada desgracia que tenia, habiendo sido este cabalmente el motivo de no haber elegido el camino de Piacenza y Pavía para operar su retirada, á pesar de ser el único racional, porque en este caso habria tenido que sacrificar tambien á Milan. El ejército, desanimado, pasó, pues, el Adda, desorganizándose mas y mas á medida que se retiraba, viéndose impotente tambien para conservar la citada plaza de Milan, donde el pueblo enfurecido quiso matar al rey, despues que, en lugar de auxiliarse en tiempo oportuno, solo habia mostrado patriotismo con la lengua. Esta conducta, teniendo al enemigo á las puertas, acabó por hacer inútil la defensa, y los mismos que cuatro meses antes se habian enronquecido vitoreando al rey su libertador, le llenaron de insultos cuando abandonó con sus fuerzas la ciudad, seguido de una innumerable multitud de fugitivos que tenian motivos para temer la venganza del vencedor. «Me tiembla la pluma, dice Ranalli, al escribir aquellos últimos hechos afictivos y vituperables, aquel espectáculo infame de guerra intestina mas que extranjera, y presagio de nueva y peor esclavitud.» Abercromby, embajador inglés en Turin, se apresuró á ofrecer la mediacion de Inglaterra para obtener así mejores condiciones en favor del vencido, y con este fin pasó al cuartel general de Radetzky. El veterano general le recibió con mucha frialdad y contestó al ofrecimiento del diplomático inglés que la única base aceptable para tratar de la paz era el restablecimiento de las fronteras antiguas. Los piemonteses evacuaron, segun estaba convenido en el armisticio, todos los distritos y posiciones al otro lado del Adda, entre ellas la plaza de Peschiera, maltrecha ya por las baterías de Haynau, y el 9 de agosto Vigevano. Durante algun tiempo José Garibaldi, que habia acudido desde Montevideo y sido aclamado generalísimo por los mazzinistas, continuó sus correrías por las estribaciones de los Alpes, entre los lagos, con los restos del llamado ejército popular, pero al fin fué arrojado al otro lado del Tesino.

Con esto concluyó la revolucion su vuelta por la Europa central. Tras ella vino la reaccion, que siguió exactamente sus huellas, pero entre el auge de la primera y el de la segunda media un período de torbellinos políticos como los que resultan siempre de la colision de corrientes opuestas.

PARTE SEGUNDA

LA LUCHA DE LA REVOLUCION CONTRA LA REACCION

CAPITULO PRIMERO

LA SUJECION DE LA REVOLUCION EN AUSTRIA

Hasta el otorgamiento de la constitucion del 4 de marzo de 1849

«El Austria está en tu campamento!» habia dicho Grillparzer (1) al anciano feld-mariscal Radetzky, y realmente así era. La victoria del Piemonte habia tenido por consecuencia hasta donde alcanzaba la prevision humana, la descomposicion del imperio austriaco en sus nacionalidades elementales, que desarrollaban una fuerza centrífuga en su interior mucho mayor que la de los partidos políticos; ambas luchas se atravesaban, unian y cruzaban, complicando la vida del imperio de tal manera que hacian difícilísima su direccion.

Esta vez fueron los eslavos meridionales los que complicaron la vida del conjunto (2). El nuevo lugarteniente del emperador en Croacia, Esclavonia y Dalmacia, el general Jellachich, militar rígido y uno de los servidores mas adictos y mas leales de la dinastía de los Habsburgos, aprovechó el odio inveterado de sus paisanos contra los húngaros y alemanes para mortificar á los gobiernos liberales de Hungría y de Viena, sin cuidarse de las contradicciones que habian de resultar para él y dificultar su posicion. Empujado por los ilirios y en parte obedeciendo á su propio impulso, desconoció su posicion de súbdito de la corona húngara y obró como gobierno independiente. De este modo proclamó en sus territorios la ley marcial contra todo foragido, salteador y asesino, incluyendo en esta calificacion á los rebeldes y considerando como tales á los magyares. El conde Batthyany pasó á la corte, donde se quejó de la conducta de Jellachich pintando con los colores mas vivos su desobediencia al mismo archiduque palatino. El resultado fué una circular del emperador, fechada en 7 de mayo, dirigida á todos los generales con mando en Hungría, á los cuales pertenecia tambien Jellachich, ordenándoles obedecer al ministerio de Pest y autorizando á este último para nombrar comisarios extraordinarios para hacer entrar en razon á la Croacia.

El gobierno húngaro se apresuró á usar esta autorizacion, nombrando al anciano general Hrabowsky, pero sin resultado, porque Jellachich continuó su gobierno personal y entre otras cosas prohibió toda remesa de fondos á Pest, lo cual obligó al gobierno húngaro á formarle causa como reo de alta traicion y á anular todas sus disposiciones. A esto contestó Jellachich ordenando una quinta de todos los hombres útiles y convocando una asamblea general de los Estados de Croacia, Esclavonia y Dalmacia en Agram, para el 5 de junio. En la primera sesion, en la cual tomaron parte, si bien sin voz ni voto, representantes de la Transilvania

y de todas las provincias habitadas por los eslavos, declaró esta asamblea la independencia de los países que representaba, respecto del gobierno húngaro. Entonces podia parecer próxima la realizacion del ensueño de los ilirios, si la ausencia de los dálmatas, la desercion de una parte de los eslavos que se pasaron á los magyares y la resistencia y aversion de los servios cismáticos en la Voivodina á fraternizar con los croatas no hubiesen aguado el entusiasmo.

Otra vez corrió Batthyany á Innsbruck para quejarse al emperador de Jellachich, y como de paso prometió el auxilio de Hungría en dinero y tropas para la guerra de Italia, encontró oídos dóciles y obtuvo lo que quiso, indicándosele hasta la posibilidad de que se le encargase de someter la capital rebelde del imperio con fuerzas húngaras. El 29 de mayo ordenó el gobierno imperial la disolucion de los Estados reunidos sin autorizacion en Agram; otro decreto intimó á Jellachich que se presentara inmediatamente ante el emperador, y no habiendo obedecido por impedirse su partido eslavos, fué sentenciado en 10 de junio á perder todos sus grados, honores y empleos. Los croatas y eslavos recibieron la intimacion severa de obedecer á las autoridades legítimas; la protesta de los alemanes y rumanos transilvanos contra su union á la Hungría fué rechazada, y el ministro de la Guerra de Hungría fué declarado jefe supremo de las tropas de todos los países que formaban parte de la corona húngara. Los amigos de Jellachich, comprendiendo la necesidad de un arreglo con el gobierno central, así como la de justificar su conducta y defender los derechos y reclamaciones del pueblo croata ante el soberano, resolvieron enviar á Innsbruck á Jellachich con una comision de los Estados reunidos en Agram. Tan luego como hubieron llegado presentaron sus explicaciones, excusas y quejas, y Jellachich envió á las tropas eslavas de los distritos fronterizos, que combatian en Italia á las órdenes de Radetzky, una proclama en que las amonestaba solemnemente que continuaran fieles á su bandera y no prestaran oído á las insinuaciones contrarias. Esta manifestacion de lealtad sencilla y acrisolada impresionó á la corte imperial, que recibia de Hungría solo noticias de las mofas y desprecios con que allí se hablaba del ejército austriaco, mientras cundia á consecuencia de todo esto la indisciplina en las fuerzas estacionadas en aquel reino. A no haber sido publicada ya la destitucion de Jellachich por el ministerio húngaro, habria sido anulada; pero el archiduque Juan se encargó de reconciliar al gobierno húngaro con el jefe croata.

Sin embargo, los esfuerzos de Batthyany y de sus adictos en el ministerio húngaro á favor de una buena inteligencia con la corte de Viena, fueron constantemente inutilizados por la actitud y conducta belicosa de su colega Kossuth, que impulsado por su ambicion é inquebrantable confianza en sí mismo, escuchaba poco la prudencia y el interés positivo del país, que acaso aconsejaban contentarse con las concesiones que el soberano le hizo cuando abrió en 5 de julio el nuevo parlamento húngaro. En efecto, el emperador asegró en su

(1) En una poesia que le dedicó en 1848. Grillparzer es uno de los mejores poetas vieneses y alemanes. Murió en 1872, á la edad de 81 años. (N. del T.)

(2) Véase la obra alemana de Springer, *Historia de Austria*, tomo II, págs. 431 y siguientes.

discurso la inviolable integridad de la corona de Hungría, la conservacion y el respeto de las leyes últimamente sancionadas; desaprobó los desórdenes y rebeldías de los eslavos húngaros, nombró lugarteniente suyo con plenos poderes al palatino, é impuso á los países agregados á la Hungría la obediencia al lugarteniente.

Todo esto no fué bastante para inducir á Kossuth á poner un freno á su odio al Austria, odio demostrado en todos sus actos desde que se habia encargado del ministerio de Hacienda; porque para él la Hungría se bastaba perfectamente á sí misma y no tenia ninguna necesidad de la union con los demás territorios de la monarquía austriaca. Habia suspendido las remesas de fondos para pagar el haber de las tropas de Jellachich, poniendo así á este jefe en la necesidad de emanciparse del gobierno húngaro; despues habia rechazado un préstamo de doce millones y medio de florines que le ofreció el Banco de Viena, y emitido en cambio igual suma en billetes húngaros, haciendo con todo esto de la sumision de Hungría la cuestion vital para la monarquía austriaca; y al propio tiempo no cesaba en su periódico *Kossuth-Hirlap* de excitar la pasion nacional del pueblo húngaro contra el gobierno imperial. Así fué que apenas abierto el parlamento redobló Kossuth su actividad revolucionaria. En el primer discurso extenso que pronunció, en 11 de julio, apoyó la proposicion del gobierno para aumentar el ejército nacional hasta doscientos mil hombres, á cuyo fin pidió cuarenta y dos millones y autorizacion para arbitrar esta cantidad, ya por medio de un empréstito, ya por el de una emision de bonos del tesoro. En este discurso acusó al gobierno austriaco de connivencia con el rebelde Jellachich con la intencion visible de ahondar el abismo que se habia abierto entre el gobierno imperial y la Hungría. Al final dejóse caer en el sillón como desvanecido, fuese por efecto de sufrimientos físicos ó para producir mas efecto, y no volvió en sí hasta que oyó el grito formidable de la cámara: «¡Todo lo daremos!» De la cámara pasó el entusiasmo á toda la nacion, disponiéndola á todos los sacrificios.

Era evidente que este aumento del ejército no estaba destinado á favorecer al Austria, porque las simpatías del pueblo húngaro estaban del lado de los italianos; pero el ministerio con el beneplácito del parlamento prometió defender en Italia los intereses austriacos siempre que el gobierno imperial cooperara en cambio á la sumision de los croatas y que atendiera á las reclamaciones justas de los italianos. De esta manera se impidió que el gabinete de Viena hiciera causa comun con Jellachich y se ocultó la discordia que reinaba entre los dos gobiernos, bien que inútilmente, porque volvía á renacer á cada paso que el de Hungría daba hácia su independencia y libertad. Así sucedió cuando el gobierno húngaro se aproximó á la asamblea nacional de Francfort por el interés comun que tenian en frente del ambicioso elemento eslavo, llegando hasta el extremo de ofrecer la Hungría á la asamblea un pacto de alianza; cuando Kossuth apoyó la idea de agregar las provincias alemanas del Austria á la Alemania y las eslavas á la Hungría; cuando el mismo Kossuth, apoyado por la izquierda y á pesar de las objeciones de sus colegas, consiguió del parlamento que el aumento del ejército se hiciese añadiendo á cada tres batallones existentes un cuarto puramente nacional, formado de los *honved* (1); cuando despues presentó é hizo votar un presupuesto verdaderamente nacional, y finalmente cuando prohibió la exportacion de plata en cantidades mayores de quinientos

(1) Llámase así la reserva en Hungría; el nombre *honved* significa defensor de la patria, de *hon*, patria, y *ved*, defensor. En 1848 y 1849 se aplicaba este nombre á la infantería nacional húngara. (N. del T.)

florines y la admision del papel moneda austriaco en las cajas húngaras.

Estos eran los frutos amargos pero ineludibles y perfectamente naturales del pésimo régimen político que los Habsburgos habian aplicado durante los dos últimos siglos á la Hungría. Habian llegado las cosas á un punto tal que no dejaba al gobierno de Viena mas salida que hacer armas contra sus propios súbditos, bien que por lo pronto su debilidad le obligaba á callar y dejar correr las cosas hasta que por lo menos se viese libre de la guerra en Italia. En la Voivodina habian roto las hostilidades contra el gobierno húngaro los servios acaudillados por el joven Stratimirovitz, y un ataque desgraciado de Hrabowsky habia difundido la guerra civil contra la raza dominante por todo el Banato y la Bacska. El armisticio firmado en 24 de julio dió tiempo á los servios, á pesar de no haber sido estrictamente observado, para completar su armamento; el gobierno imperial dió secretamente permiso á sus oficiales para ponerse al servicio de los servios, y en la misma Hungría menudeaban en las tropas antiguas las resistencias á las órdenes del gobierno.

Jellachich se preparó por su parte enérgicamente á la lucha; apenas de regreso de la corte imperial, desembarazóse de la asamblea de Agram, la cual despues de haberse declarado en permanencia y haber nombrado á Jellachich dictador, fué despedida por este en 9 de julio, respetando su permanencia pero suspendiendo sus sesiones por tiempo indefinido. Hecho esto, pasó mas animoso que la primera vez á Viena para tratar allí con los enviados húngaros, probablemente sin ganas de llegar á un arreglo. En la capital de la monarquía fué muy obsequiado por el partido militar, lo cual bastó á Jellachich para saber cómo asegurarse el apoyo de la corte, y tan bien lo hizo, que el arreglo fracasó cuando Batthyany, con altanería húngara, rechazó la condicion de igualdad de derechos de los croatas y de los húngaros.

A la conclusion del armisticio habíanse roto las hostilidades en la Bacska con ardor redoblado, y como antes perdieron los húngaros, que fueron rechazados en su ataque á Szent-Tomach, plaza importante á orillas del canal de Francisco. Estas ventajas alcanzadas por los servios sobre los húngaros, las victorias simultáneas de Radetzky en Italia y su ofrecimiento confidencial de ceder, en caso necesario, 15,000 ó 20,000 hombres á Windischgraetz, devolvieron los bríos á la corte imperial, tanto que el partido militar juzgó que habia llegado la ocasion oportuna de romper abiertamente con los húngaros. En esta disposicion, el gobierno contestó negativamente á la solicitud del parlamento húngaro de trasladar la capital y residencia del gobierno de Presburgo á Pest, y el 12 de agosto regresó la corte imperial de Innsbruck á Viena. El 22 del mismo mes revocó el emperador los poderes extraordinarios que habia dado al palatino, ó sea su lugarteniente en Hungría; negó su aprobacion al empréstito y á la quinta votada por el parlamento húngaro, y en otro documento solemne declaró, sin mentar siquiera las concesiones que la necesidad del momento le habia arrancado, que «las alteraciones que el gobierno húngaro habia introducido desde el mes de marzo eran incompatibles tanto con la pragmática sancion como con la constitucion del 15 de marzo,» además de ser la existencia separada de Hungría y el imperio austriaco una «imposibilidad política.» Respecto del deseo del gobierno húngaro de reanudar las negociaciones con Jellachich, se declaró el emperador dispuesto á llamar á este personaje á Viena con la condicion de que en adelante las Fronteras Militares dependiesen directamente, hasta nueva orden, del ministerio de la Guerra de Viena, y que el gobierno húngaro dejase en paz á Jellachich, que

sin embargo ocupaba á Tiume, cerrando así á los húngaros la comunicacion con el mar.

La impresion que estas medidas causaron en Pest fué grandísima, porque invadian los derechos territoriales antiguos de la corona húngara y desconocian completamente las reformas democráticas modernas introducidas. Eran un bofetón para todo el país, y el parlamento, á propuesta de Kossuth, tomó la resolucio de enviar al soberano una comision de cien miembros de su seno para presentarle de nuevo y solemnemente los deseos de la nacion, no ya en forma de súplica sino en tono amenazador. Hallándose ya en Viena esta comision y cuando todavia no habia expuesto al emperador sus reclamaciones, la *Gaceta de Agram* publicó, antes de tiempo, una carta del emperador, con fecha de 4 de setiembre, en la cual revocaba su manifiesto de Innsbruck y reintegraba á Jellachich en todos sus honores y dignidades, y al propio tiempo anunció el jefe de la vanguardia de las fuerzas croatas «en nombre del emperador» su entrada inmediata en el territorio húngaro. Urban, el comandante de las fuerzas rumanas fronterizas de Transilvania, se pronunció contra el gobierno de Pest, y al instante los labradores rumanos se arrojaron furiosos sobre sus amos territoriales húngaros, y los diputados que los distritos alemanes de la Transilvania habian mandado al parlamento de Pest, cansados de verse despreciados, dimitieron sus cargos. Batthyany dimitió tambien, pero Kossuth aprovechó la consternacion general para empuñar la dictadura, despues de conseguir que la asamblea votara la emision de billetes de á cinco florines y una leva inmediata. El lugarteniente del emperador, colocado entre el gobierno de Viena y los diferentes partidos que luchaban en Hungría, no sabiendo qué conducta observar, suplicó á Batthyany que se pusiera otra vez á la cabeza del ministerio; pero apenas le hubo complacido el conde cuando llegó la noticia de que Jellachich habia pasado con sus croatas el Drave, y ya no hubo mas remedio que decidir las cuestiones pendientes en los campos de batalla.

Con amargo pesar, los hombres que habian formado la oposicion durante el régimen antiguo, hombres que jamás habian concebido la posibilidad siquiera de apartarse del terreno de la legalidad y que por patriotismo se habian encargado del gobierno, vieron frustrados los esfuerzos de toda su vida. Szechenyi perdió la razon, Eötvös se expatrió voluntariamente, Deak enmudeció (1) y solo Batthyany permaneció en su ingrato puesto.

Por ambas partes se activaron los preparativos de guerra, aprovechando la presencia de Batthyany en el ministerio como elemento moderador; porque la corte de Viena tampoco estaba tranquila desde que por su aturdimiento y en la confusion, los húngaros se habian apoderado no solo de los parques imperiales, que les permitieron armar y pertrechar sus tropas nacionales, sino tambien de todas las plazas fuertes de Hungría con excepcion de dos, Temesvar y Arad, que la fidelidad de sus comandantes conservó al emperador. Hasta Comorn, la llave del país, estaba en manos de húngaros. A estas pérdidas terribles se agregó que las noticias de la invasion armada del ejército croata en Hungría tampoco eran halagüeñas. Este ejército se habia dividido en tres grandes columnas que habian penetrado en el país por Gran-Kanizsa, Kaposvár y Pécs (en aleman Fünkskirchens, cinco iglesias), y operado su reunion en la orilla meridional del lago de Platten (Balaton); pero su armamento era defectuosísimo, y los somatenes croatas que acompañaban á las tropas resultaron una impedimenta fatal. La esperada desercion

(1) Dimitió como ministro y continuó en el parlamento como diputado cuando Kossuth se puso á la cabeza del gobierno. (N. del T.)

de las tropas regulares húngaras se efectuó solo en una pequeña parte, y el auxilio prometido por el gobierno de Viena á Jellachich se quedó en el papel. Por fortuna para este último y para sus fuerzas, los húngaros estaban mas deseosos de un arreglo pacífico que de la guerra, y á este fin fué autorizado el palatino por la asamblea para hacer la paz con el jefe croata, al cual propuso una entrevista á bordo de un vapor del citado lago; pero el croata no se fió del palatino, diciendo con sorna que «la máquina del vapor podría muy bien resultar mas fuerte que la palabra de honor del archiduque.» Este lo dió todo por perdido y huyó á Viena para no volver á Pest; en Viena dimitió su cargo, demasiado pesado para sus hombros, y habiendo quedado mal con todos fué calificado de traidor por los húngaros y por el emperador desterrado á sus posesiones en el gran ducado de Nassau.

Esta huida del palatino despejó los dos campos. En Pest quedó árbitro de la situacion Kossuth, á la cabeza de la junta de defensa nacional, organizada por él, y el gobierno de Viena tuvo por su parte que abandonar su conducta ambigua. El emperador encargó al conde de Lamberg el mando supremo de todas las tropas húngaras y croatas, le envió con poderes amplios y con el título de mediador á Hungría, llevando un manifiesto imperial; pero la desgracia quiso que este manifiesto se divulgara antes y que excitara tanto los ánimos que la junta de defensa nacional declaró al conde traidor á la patria si aceptaba el mando en jefe de las fuerzas húngaras que el emperador le habia encargado faltando con esto á la ley. Cuando llegó el 28 de setiembre á Pest, se amotinó el pueblo y le mató al pasar el puente. Dos dias despues fué preso tambien el conde Eugenio Zichy, que provisto de un salvo-conducto croata llevaba una gran remesa de ejemplares del manifiesto imperial al campamento croata. Zichy, sometido á un consejo de guerra presidido por el joven comandante de infantería nacional Arturo Görgey, fué condenado á morir ahorcado, sentencia que se ejecutó en seguida. Este acto enérgico hizo de un golpe popular en toda la Hungría el nombre de Görgey.

La sangre de Lamberg y Zichy clamaba venganza. El emperador, por decreto del 3 de octubre, declaró disuelto el parlamento, anuló sus últimas resoluciones, puso á la Hungría bajo la ley marcial y nombró lugarteniente suyo con el mando en jefe de todas las fuerzas nacionales á Jellachich, que sin embargo no habia hecho el menor caso de Lamberg ni de sus poderes. El nuevo lugarteniente creyó su mision mas fácil de lo que era; ni un momento dudó de que la novel tropa húngara de línea desertaria á la vista de las fuerzas imperiales, que la anarquía se apoderaría del país y que el parlamento se dispersaría en todas direcciones. Con esta conviccion marchó sobre Pest, pero muy al revés de lo que esperaba, permanecieron firmes las tropas húngaras mandadas por Moga, en la accion del 29 de setiembre, cerca de Velencez, obligando á Jellachich despues de cinco horas de fuego de artillería á replegarse sobre Székes-Féhervár (en aleman Stuhlweissenburg). Esta ventaja, en el fondo insignificante, tuvo sin embargo consecuencias muy notables, porque por un lado fogueó á los bisoños soldados húngaros y les quitó el miedo tradicional á los feroces croatas, y por otro, la pésima calidad de sus tropas desanimó á Jellachich tanto que aceptó la tregua de tres dias que le ofreció Moga y la aprovechó para torcer camino y dirigirse á la frontera austriaca, donde Latour reunia un cuerpo de ejército para auxiliar al caudillo croata. Consiguió este llegar á la frontera deseada cerca de Deutsch-Altenburgo, pero sacrificando el cuerpo del general Roth, compuesto de ocho mil hombres, que cubria la retirada, que cortado en 7 de octubre cerca de Ozora por los somatenes de Görgey y Perczel tuvo que rendirse.